

La Ripley

Analía Giordanino

Primera parte

Marlene vuelve

Marlene entra al barrio. Fuma. Debajo de la ropa lleva el arnés con el arma. En el borcego derecho, la navaja. El pelo rapado, pintado de blanco. Arriba tiene puesta una peluca negra carré con flequillo. No hay nadie a esa hora en el barrio, casi todos duermen. Camina unas cuadras más para el fondo. Hay una neblina dura y profunda entre las calles y las casas. Cuando llega al descampado pasando la escuela técnica, se acuerda del Alan.

Sigue hacia el mercado por el camino viejo, dobla hacia la autopista, camina y cruza el guardarrail. Busca las ruinas de los jesuitas, encuentra el monolito y se sienta con la espalda apoyada ahí, mirando al río. A la izquierda, el nuevo basural municipal que acrecienta su montaña como un anfibio que muda una y otra vez el cuero. Cantan las chicharras en los árboles de la cabaña del Tito, solamente espantadas por los bufidos de los caballos, listos para alquilar. Los autos de la autopista le suenan como flechas de aire atrás de la espalda.

Marlene no se saca los borcegos. Antes le gustaba enterrar las patas en la tierra seca primero, y después en el barro de la orilla. Tiene los pies y las pantorrillas molidas. Ya pasará.

Hace dos días hubo una tormenta. Había escuchado que los dos pibes ahogados eran del barrio. Justo cuando descansó la espalda y se prendió un pucho después de quince años de no fumar salían del río unos cuantos pibitos. Dorados de barro estaban. Con las patas anchas de andar descalzos, en cuero, chorreando agua. Ni músculos tenían. Traían en la mano los mediomundo llenos de boludeces: plásticos, cosas rotas y herrumbradas, dos o tres sabalitos que tiraron de nuevo al agua. Se pusieron a rebuscar entre las redes, sin mirar a Marlene. Así como estaban se fueron a buscar las remeras y las zapatillas y los celulares que habían dejado en un pozo livianito debajo de unas matas de pasto amarillo en medio de todo el musgo verde fosforescente de la orilla. Ni la miraron. Se pusieron las zapatillas, las remeras, intentaron hablar por teléfono varias veces. Se quedaron mudos un rato, sentados, cansados de reírse, o de nadar, o de estar ahí, pescando, perdiendo tiempo.

El río absorbía todo, lo bueno y lo malo, y también las cosas que uno no sabía que tenía en la cabeza o en el cuerpo. Por eso uno se quedaba así, chato, como la superficie de todo, lisa y humedecida, resbaladiza, brillante, llena de sol y desperdicios que esperaban las tormentas para desaparecer

o mezclarse con el fondo, o volver a salir, enredados en las raíces viajeras, verdes y frescas.

Marlene pensaba que los pastos con viento en el barrio se agachan suavemente a la mañana temprano, hacen un cabeceo, y que eso solo puede verse cuando te levantas temprano o te acostas casi de día. Y que en invierno esos mismos pastos duros están más duros y azules por la helada. O que en primavera están multiplicados en espejos inmóviles por el rocío fresco que te moja las zapatillas y si vas en sandalias se te queda en los pies, y sobre el barro ya deja de ser lindo caer de culo.

La primera vez que se había caído de culo en el barro la había levantado el Alan. Antes nunca porque sabía dónde pisar pero esa vez iba viendo el color fosforescente para las uñas que Candela le estaba mostrando. Ella iba a séptimo, el Alan a cuarto en la técnica. Pasaban en direcciones contrarias todos los días. Esa vez se había puesto las sandalias de plástico rosa gel, nuevas, a escondidas del Isaías, que se las había regalado para salir. Se había caído de culo y le daba vergüenza levantarse y que la banda y los vecinos se rieran. Así que se quedó sentada antes de levantarse para volver.

En lugar de la mano de Candela apareció la mano del Alan, con el pulgar y el meñique tatuados con dos nombres y las uñas pintadas de negro. A ella le gustó el olor que tenía, una mezcla de marihuana, desodorante para hombre y ruda.

Te acompaño a tu casa, le dijo. Ella se estreme-